

AMBIVALENCIAS, CERTEZAS, SINGULARIDADES Y CONSTRUCCIONES COLECTIVAS. UNA EXPERIENCIA MATERNAL-NO MATERNAL DESDE LOS FEMINISMOS DEL SUR

Gilda Luongo

Escritora e investigadora independiente, Chile
gildaluongo@gmail.com

Sabrina Soledad Yáñez

Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina
ssyc19@gmail.com

Ana Soledad Gil

Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina
soledadgil01@yahoo.com.ar

Gilda Luongo es Doctora en Literatura por la Universidad de Chile. Escritora y docente, militante feminista, crítica e investigadora. Sus investigaciones han versado sobre escrituras latinoamericanas en conexión con la diferencia sexual, el feminismo, la memoria, el arte, la educación y la política. Vive en Santiago de Chile y tiene un hijo y una hija adultxs. En agosto de 2018 le hicimos llegar una entrevista escrita que dio lugar a extensas y profundas reflexiones. En aquel entonces nos propusimos analizar experiencias de maternidades / no-maternidades en pensadoras feministas del Sur, detectando núcleos de sentido, recurrencias, similitudes y diferencias. Buscamos develar de qué modo sus activismos feministas han sido una herramienta para hacerle frente a los embates de la maternidad heteropatriarcal, así como también una fuente de tensiones / ambivalencias. Como feministas atravesando la crianza de niños pequeños, nos resulta

imperioso contribuir a la construcción de historias genealógicas maternales feministas de nuestras latitudes, que habiliten horizontes más libres y plenos para nuestras maternidades y no-maternidades. Aquí publicamos un extracto de dicha entrevista.

Sabrina Yañez: ¿Cómo ha sido ser hija? ¿Cómo ha sido el vínculo con la propia madre? ¿De qué manera pudo influir ese vínculo tanto en las decisiones de maternidad / no-maternidad como en tu devenir feminista?

Gilda Luongo: Ser hija-madre de la madre. Pienso en ese lazo con Andrea. Mujer de temple fuerte, campesina analfabeta, con una vena feroz para vivir la vida y sobrevivir a fuerza de batallar diaria y cotidianamente con la pobreza. Mujer de violencias varias y de emociones amorosas contenidas, mala para darse a las caricias, buena para entregarse al disfrute de las comidas y bebidas, a la escucha de las personas, sus historias y tragedias. Madre enorme, gigante, madre a cuestras, madre controladora y devoradora de hijxs, madre entera, siempre sin respiro madre, y por ello sufriente, desvelada por los avatares de lxs ocho hijxs en medio de ese lugar pobre que quiso siempre como hogar, pero la mayor parte del tiempo derivó en infierno. Solo supo ser madre, de modo tradicional y normativo, hasta el hartazgo, no fue nunca otra cosa. (¡Emerge así en esta escritura!) Fui madre de esta madre e hija de ella a la vez. Intuía su historia de violencias y malos tratos, sabía de su pobreza por su relato entrecortado sobre cómo fue hija de una madre campesina, analfabeta, violenta y sola también. Las mujeres analfabetas, madres solas en este continente nuestro, esa genealogía. Me hice su cómplice y quise ser su lugar de cobijo, de sostén, comprendí que era una mujer que no tuvo posibilidades de vivir de otro modo. Por ello nunca pude juzgarla en vida, pero sufría por ella. Por sus desvelos y su precariedad material, por su tremenda soledad a pesar de estar rodeada de gente siempre. Mi imaginación y mi amor hacia ella se unían en esa compasión que despertaba en mí. La atisbaba siempre en sus ires y venires. Entendí tempranamente que esta labor materna la tomaba entera y la desgastaba aun cuando se entregaba a ello sin respiro. Como era una madre

sufriente, yo quería sanarla de ese dolor, quería resarcirla de ese desgaste cotidiano. Pero yo sufría por ello a mi vez. Por no poder sacarla de ese lugar penoso y a la vez padecía porque me sentía culpable de ser la causa de ese trabajoso lugar de madre. Pienso que la idealicé construyéndola como una gran madre. No me daba bien cuenta de cuánta ambivalencia ponía ella en armar el vínculo. Asumí, sin ambages, que era una muy buena madre porque se daba hasta el padecimiento. Es decir que validé el sufrimiento que implicaba la maternidad como manantial inagotable. Entonces me entregué a ella para salvarla de ese lugar maltratado y no reconocedor que surgía de mis otrxs hermanxs. De lxs ocho, dos eran sus favoritxs. Estxs favoritos, sin embargo, no la hacían feliz. Todo lo contrario. Todo ello causaba muchos desencuentros agresivos y violentos en ese núcleo. Yo disculpaba sus vínculos tendenciosos porque sabía que algo en ella intuía la vulnerabilidad de lxs hijxs hacia los que tendía como gran protectora; entendía, además, su incapacidad reflexiva, su precariedad emocional. Ahora sé que el calce genérico se había inoculado en sus venas y arrastraba una genealogía de mujeres sufrientes en la maternidad naturalizada y tiránica. Pienso hoy que esta mujer madre a la que acuné como mi hija, —a la que quise salvar siempre—, estuvo presente en mi (in)decisión de ser o no madre. Primero el cruce entre maternidad y pobreza se convirtió en un lugar no deseado, temido, un lugar de gran precariedad de todo tipo, uno que privaba de la libertad a las mujeres, instigador de violencias varias, generador de modos gruesos y perversos de coexistir entre humanxs. Las madres pobres acarrear un lastre inexorable y en él se encadenan inevitablemente. Por ello mi decisión de abortar cuando quedé embarazada, mientras estudiaba en el Pedagógico de la Universidad de Chile el año 1978, fue una decisión férrea, no dudé. Fue muy claro para mí, no quería ser madre pobre, repetir ese lugar que intuía como depredador de la libertad de las mujeres. Un lugar de violencia porque las mujeres no pueden ser libres en condiciones materiales adversas y porque no tienen otra vía de escape a las agresiones que su propia violencia desatada la mayor parte de las veces contra lxs más cercanxs. Mis hermanas mayores habían seguido ese camino y lo había observado, desde niña. Uno

sufriente, una reiteración indeseada de esa experiencia materna impuesta. La institución "maternidad", como la nombra Adrienne Rich. Por otro lado, pienso que esta maternidad sufriente y la mayor de las veces incómodamente experimentada, con su vaivén ambivalente no expresado verbalmente por mi madre, me llevó a sentir esa experiencia como una carga, un peso que yo no quería sobre mis hombros. Tal vez si no hubiese quedado embarazada con el dispositivo intrauterino, no me habría embarazado. Nunca pensé mi maternidad, nunca la anhelé por primera vez, como suele ocurrir a otras mujeres. Por último, pienso que hubo otro factor que influyó desde mi percepción de lo materno en mi madre. La imaginé, hice ficción de que era una muy buena madre, una que yo no podría nunca llegar a ser. De ese modo me restaba a entregarme a la experiencia. No obstante, hoy pienso que esta era una manera de librarme de ella y me remitía a la otra posibilidad, la liberadora, la de no ser madre. [...]

Su figura, sin duda, ha sido un acicate para llegar al feminismo. Esta llegada que dibujo tiene dos entradas: amarla y sentirla de modo muy empático implicaba amar y sentirme muy próxima a las mujeres, sobre todo desde esa vulnerabilidad que nos constituye en este sistema, las diferencias múltiples que en ella coexistían, mujer analfabeta, pobre, campesina, sola, migrante a la ciudad; por otro lado, la certeza de que había que luchar para transformar esta sociedad que nos obliga a habitar zonas indeseadas y violentas para nosotras, de pobreza, zonas de dominio, de sometimiento, de falta de libertad para constituirnos sujetos desde nuestro pleno potencial humano. Supe, como feminista, que todo lo que ella fue como madre para mí, aun comprendiéndolo, yo tendría que deshacerlo, cambiarlo, modificarlo, tendría que cometer matricidio para volver a amar a esa madre e incorporarla en mí como sujeto feminista, madre de dos hijxs. Si volviera a ser madre-hija de esa madre, con esta experiencia feminista más temprana a cuestas, todo el vínculo habría sido más claro, menos tortuoso, más ancho en posibilidades. Aún así, luego de asumirme feminista, no ha sido un camino fácil devenir la madre que soy ahora. Las emociones que nuestro vínculo con Andrea grabaron en mi piel pulsan memoriosamente en mi corazón (no

obstante, puedo decir que la conciencia feminista posibilita la anchura y por lo tanto facilita el ímpetu libertario para re-construir lo maternal y seguir sanando). Pienso, por ejemplo, en el lugar del control, ese ejercicio de poder que nos lleva a enloquecer. Ahora que *no* soy madre en primerísimo lugar, puedo darme cuenta del peso que tuvo ese signo, ese deseo de controlar a quienes están próximxs. Hoy no tengo necesidad de controlar a nadie, ni nada en este paso vital actual. No soy madre desde allí. No tengo necesidad, ni lo quiero para mí. Puedo decir a boca llena que hoy no quiero ser madre de nadie de ese modo. Limpiar el vínculo de aquellas zonas complejas para devenir con otrxs es lo que me seduce hoy. La paridad, ser con otrxs de modo muy dialógico, muy libre, en una zona muy compartida, sin que existan exigencias de jerarquías o dominios de ningún tipo, la horizontalidad como norte, ese es el presente maternal de hoy. Inclusive dar lugar a que lxs hijxs sostengan mi paso vital, material y afectivamente es un gozo posible, a ello me entrego y quiero fluir allí. El lugar del sufrimiento es otro signo duro y demandante aún que se acoplaba al ímpetu controlador. Por ello, devenir la mujer maternal gozosa antes que la sufriente se convirtió en anhelo cotidiano luego de la conciencia plena feminista. Por una parte, pienso en esa zona de sobreprotección de lo materno. Mi experiencia no se aleja de esto que digo. Sufrí en carne y en hueso vivos los avatares de mis hijxs. Su paso vital era mi desvelo, no quería su penar vital y ello me llevaba a habitar en porfía lo que yo deseaba para ellxs. Una megalomanía e imposición imposibles de aceptar. Me costaba poner distancia entre lo que ellxs vivían y mi propia emoción al respecto. En este sentido la imagen materna, mi madre Andrea, de algún modo se volvía a repetir en mí. Una colonización patriarcal que naturaliza la maternidad de modo perverso para las mujeres. No obstante, creo haber hecho labor laboriosa, feminismo mediante, para transmutar este impulso siamés para con lxs hijxs. Fui soltando y soltando en la misma medida que ambos pusieron límite a mi desborde controlador “amoroso” materno. Esa zona de lo amoroso dependiente y asfixiante que es una trampa para la libertad de quienes construyen vínculo. Juntxs hicimos trabajo. Pusimos empeño en ello, para que nuestro amor relumbrara y no se oscureciera. Por otra parte, pienso que

la construcción de la relación de pareja, demandó este lugar, con la salvedad de que no puse mucha luz en ello. Las parejas heterosexuales en Chile (tal vez en América Latina) suelen construirse desde este paradigma de lo materno. Las mujeres nos convertimos en madres (a veces terribles) de nuestros hombres y ellos se dejan estar como hijos (les es profundamente cómodo). Sé que este registro abre otras interrogantes que van por otra vertiente que la indagada por ustedes, sin embargo me pareció interesante mencionarlo aquí. Este modo vincular de pareja es más bien silenciado por las mujeres, hay una suerte de vergüenza para asumir este vínculo amoroso así: controlador y sufriente. Lo he pensado ahora que estoy separada de mi pareja de cuarenta años. Sin duda fui madre de este hombre, padre de mis hijxs. Lo que vivo ahora como duelo de la pareja se cruza, de alguna manera con la muerte de ese hijo que asumí sin reparos, voluntariosa, pero sufriente. Es esta labor la que amerita seguir sanando la pérdida del vínculo, aquello que ya no existe y que necesita transmutarse en otras emociones más luminosas y benéficas desde esta libertad de hoy, para construir la vida buena, el buen vivir conmigo misma y con otrxs.

Ana Soledad Gil: ¿Cuáles han sido las ambivalencias y cuáles las certidumbres más fuertes en tu tránsito por la experiencia de la maternidad? ¿Cómo se vinculan esas ambivalencias y certidumbres con tu inserción en el feminismo?

Gilda Luongo: Pienso y siento que las ambivalencias se enredan con las certidumbres en mi experiencia maternal. Constituyen una trama. En ocasiones las ambivalencias se hacían más claras cuando surgían desde la necesidad de experimentar la libertad y la oxigenación respecto de esa labor demandante e interminable como si fuera un acoso. Tal vez se hacía presente esa construcción de la experiencia maternal que parecía cubrirlo todo en mí. Nuevamente era el modo de dar sin límites, como manantial inagotable (pesa la imagen de la madre, de Andrea, la ficción de que había que ser tan buena madre, mientras más sacrificial, mejor madre). Opté por quedarme durante dos años en la crianza dedicada

solo a ello. Puedo decir que lo disfruté. (Aun cuando la postergación de mi proyecto profesional pesaba en los hombros.) Otra ambivalencia. Era gozoso participar en el desarrollo y en la vida de esos dos sujetos que dependían de mí en tiempos de dictadura, eran un solaz en medio de la devastación del país. Me entregué a los juegos y al cotidiano vivir más anchamente porque tenía cercana, además, a una mujer maravillosa, Nilda Otazo Gómez, quien me colaboraba con la crianza y el trabajo de lo doméstico. Siempre es así en la vida de las mujeres que nos podemos desplegar en lo profesional, en la producción afectivo-sexual y en lo político, siempre es otra mujer la que nos sostiene. Siempre habrá, detrás de una mujer privilegiada, otra que padece el no-privilegio. Nilda, nuestra Yeyu, sería crucial para que me entregara más tarde, al deseo de perseverar en mi desarrollo profesional y entrar otra vez en lo político-público. Sin embargo, me costaría trabajo soltar este lugar de los afectos maternos para dedicarme a mi desarrollo profesional. Fue un parto más. Está más claro, en este presente, que la normatividad de lo materno, estatuido como esa zona que debe entregarse por entero al lxs otrxs obliga a experimentar el desasosiego de la ambivalencia, esa postergación de una misma y los deseos. Querer soltar y dejar que todo colapsara, era de algún modo parte de las ambivalencias (pesaba la megalomanía de que si yo no estaba todo colapsaría porque la pareja estaba ausente en esta labor cotidiana). Me obligaba, como la sujeto obsesiva que he sido, a dar lo mejor de mí. Cuando lo pienso desde este presente suelo preguntarme cómo pude hacerlo y no morir en el intento. Sin embargo, no recuerdo haberme permitido decir a boca llena el agobio durante el proceso de la crianza. Más bien me obligaba a remontar siempre desde las energías más luminosas, desde lo amoroso que persevera. Tuve tanta disposición y voluntad para ello. También mucha energía y luminosidad. La ambivalencia durante la crianza era un lugar silenciado, lo decía solo para mí. Tal vez lo manifestaba en el desagrado que me provocaban ciertos desencuentros entre lxs hermanxs, sus peleas. Tal vez se manifestaba en mis quejas a la pareja. Sin embargo siempre busqué mecanismos y estrategias que nos ayudaran a despejar el camino de la convivencia y la aceptación de nuestras diferencias como grupo. No

buscaba para mí sino para el grupo que formábamos. Planteaba instancias de conversación y de reuniones familiares, como las llamaba, jugar a imaginarnos animales y asumir esa identidad para encontrar lugares en común. Desde este presente pienso que me sentía sola haciendo frente a los avatares de la convivencia cotidiana. La pareja, si bien me seguía en las acciones y decisiones, estaba trabajando siempre fuera de la casa. Era un hombre convencional, uno que asumía el rol de proveedor sin detenerse a pensar mucho respecto del lugar complejo que implica la producción afectivo-sexual. Nunca fue muy reflexivo. Su comodidad de hombre tradicional y mi gran esfuerzo (no soltar para dejar el lugar al otro) impedían cualquier transformación. Pienso que esta singularidad, ser madre en pareja heterosexual, en un matrimonio que no modificó de modo importante la normativa de género, contribuyó también a esta percepción de la ambivalencia. La institución matrimonial puede ser un abismo sin fondo para transformar y remecer los ordenamientos sociales y culturales. Es una práctica reguladora. Mi llegada al feminismo posibilitó que mirara de modo más ancho este lugar, sin embargo no evitó que sintiera de modo ambivalente. Las contradicciones que nos cruzan a las feministas resultan ser zonas duras de roer. Pienso, hoy, que desde el inconsciente se instala también una experiencia compleja. No resultaba fácil dar cauce a la subjetividad cruzada con el lazo amoroso maternal e indagar allí de modo terapéutico. Es decir que ni siquiera pensé alguna vez que sería conveniente hacer algún tipo de terapia que acompañara este proceso. Por otro lado, la obligatoriedad de ser manantial inagotable en contextos de cumplir una triple jornada de trabajo: madre-esposa, trabajadora profesional asalariada, activista feminista, abre un panorama en el que es casi imposible no experimentar el deseo de soltar el trabajo de la maternidad e inclusive experimentarlo como una carga. Sin embargo, las certidumbres a las que ustedes aluden me parece que hicieron posible sostener el vínculo y perseverar en él de modo luminoso. Siempre fue una claridad pensar que si había llegado a ser madre, necesitaba serlo de otro modo, no del modo conocido, era necesario trabajar lo amoroso de otra manera. Esta era una reflexividad que me

acompañó siempre. Tal vez una perspectiva ética no dicha de este modo, pero pensada desde la coexistencia dialogante con estos seres amados que cohabitaron mi cuerpo durante nueve meses. Estar allí en el vínculo para que estos dos sujetos fueran mejores personas, más plénxs en sus vidas, más libres en sus decisiones, más enterxs en su existencia presente y futura, era un norte posible. Me enamoré así de esa posibilidad de estar con otrxs en un vínculo libre y libertario. Deseaba estar gozosamente en este desafío, me interesaban sus diferencias y sus modos de mirar el mundo, que eran tan distintas a mi manera. La certidumbre del lazo benéfico, de la posibilidad del lazo amoroso con menos daño instalado en toda la integralidad de ser lo que eran, sujetos libres, fue un acicate siempre. Creo que este fue un lugar anhelado como certeza, se podía llegar a ser de otra forma. Estaba allí pulsando incluso en la ambivalencia, inclusive desde mi impulso controlador, latía fuerte y poderoso como deseo. Creo que siempre fue explícito de mi parte. Mi experiencia maternal fue dicha, relatada, puesta en común ante mis hijxs, Valentina y Nicolás. Hablé prontamente con ellxs acerca de mi experiencia de aborto cuando eran púberes. Les leí un escrito que había armado para ello. Les conté, además, del episodio de infidelidad al que me entregué cuando eran pequeñxs. Estoy cierta de que me conocen bien, me sienten próxima entre mis fortalezas y vulnerabilidades. Hay un terreno ancho que se abrió entre nosotrxs gracias a esta certeza en el vínculo posible, gracias a esa sensibilidad-honestidad expresada y a ese modo dialogante, decidir que no aceptaba silencios entre nosotrxs. Sé bien que no alcanzo a saberlo todo de ellxs, pero el lazo entre nosotrxs tiene hoy tonos amables y benéficos. No dudo en afirmar que la conciencia feminista aportó a este modo que ya habitaba en mí. Siempre fui feminista, pienso, porque me ubiqué próxima a la libertad, al diálogo, a la coexistencia entre diferentes y a la escucha poderosa de otrxs próximxs que desbarataran los dominios y los sometimientos que surgen de los modos de relación humana autoritarios y jerárquicos patriarcales. No me importaba quedar en un lugar más feble como “autoridad”, peleaba con ello si aparecía como impulso. Me importó siempre, como mujer de izquierda, además, la posibilidad de construir una vida distinta a la que el sistema patriarcal,

colonial y capitalista nos mostraba. Era y es aún mi apuesta para vivir. [...]

Sabrina Yañez: ¿Han surgido contradicciones con respecto a las visiones sobre la maternidad / no-maternidad en los espacios feministas y/o de izquierda que has habitado? ¿Cómo se plasmaron en debates o acciones políticas?

Gilda Luongo: Creo que se ha discutido poco al respecto en espacios feministas. Menos aún en los espacios de izquierda. La cultura chilena es muy conservadora a la hora de poner en el tapete la construcción de la maternidad normativa. Aún pesa el modelo mujer=madre en la población que no es feminista (en la feminista es una lucha constante contra ese modelo). La figura de la madre es engrandecida e idealizada públicamente y se tienden a silenciar las complejas tramas de poder y de explotación que surgen desde ese lugar. Creo que la propia Michel Bachelet es un ejemplo de esa construcción, la presidenta por dos veces la gran madre de Chile. Esta vertiente es recurrente. Tan férrea es que permea también espacios feministas. Me parece que la lucha por el aborto libre seguro y gratuito inclusive no ha sido abordada desde el cuestionamiento de la maternidad normativa desde el género. Es compleja la cuestión. Las mujeres feministas jóvenes que no son o no quieren ser madres tampoco hablan mucho al respecto en ámbitos colectivos. Son conversaciones más íntimas, a modo de confesión cuando las circunstancias lo permiten. Puede ser que las muchachas más jóvenes, las del mayo-junio 2018 feminista, puedan tener una posición distinta. Habría que indagar allí. En general, las mujeres que llegan a los treinta años comienzan a experimentar un malestar interno cuando aun no se han decidido por la maternidad. Inclusive las que tienen una sensibilidad de género y algunas feministas. La presión social resulta ser muy fuerte a causa de la matriz conservadora que señalaba anteriormente en nuestro país. Recuerdo haber participado en un taller sobre maternidad el año 2014 en el marco de la Coordinadora Feministas en Lucha (CFL), y allí quedó claro que el posicionamiento general era no cuestionar la maternidad sino más bien buscar posibilidades de construir

otras maternidades, por ejemplo la maternidad compartida entre mujeres de modo colectivo. Pero no se habló allí de la propia experiencia indagando de modo más fino en sus vericuetos o sinuosidades intrapsíquicas, en la maternidad como opción, o en la posibilidad de negarse a la maternidad como deseo. Pienso que, en general, tendemos a deslegitimar el *no*-deseo de experimentar la maternidad. Cuando hago ciencia ficción y digo en algunos contextos feministas que si volviera a nacer habría dos cosas que *no* haría: ni me casaría, ni sería madre, surge una especie de incomodidad que silencia la sorpresa o el desacato que implica explicitar dicho anhelo. Inclusive se han dado ocasiones en que se me ha preguntado si ha sido tan nefasta mi experiencia como madre y esposa. Cuando respondo que se trata fundamentalmente de vivir otra experiencia muy distinta a la que he vivido, una que me ofrecería la posibilidad de optar por una experiencia libre de los condicionamientos normativos y de las prácticas reguladoras de lo humano, de dos instituciones patriarcales, entonces se abre una conversación al respecto. Pero prima la valoración expresa de la experiencia maternal, sin mayores cuestionamientos. En los colectivos de feministas lesbianas tampoco he escuchado acerca de este abordaje de lo materno. Solo una vez en los noventa, se acercaron unas lesbianas a consultar por materiales para abordar la maternidad en mujeres que eligen a mujeres como compañeras de vida amorosa y sexual. Sí aparece con fuerza la necesidad de trabajar la violencia en las relaciones de pareja lésbica, pero no la maternidad. Esto puede resultar paradójico puesto que las lesbianas en Chile han hecho un tremendo aporte a la lucha por el aborto. Han sido las primeras en levantar colectivos para administrar misoprostol, por ejemplo, experiencias como “Con las amigas y en la casa” o “La línea aborto”. Han sido maravillas. Pienso que falta aún mucho que decir y trabajar en este sentido. Es tarea pendiente. Tal vez el estallido feminista actual pueda facilitar estas entradas más deconstructivas, transgresoras y atrevidas en torno a la maternidad. Imagino que en los partidos de izquierda puede ocurrir algo más silenciado aún al respecto. Los partidos de la izquierda chilena están permeados por una matriz normativa androcéntrica y patriarcal. La mujer es en tanto madre, y es una madre

idealizada que conforma a la “compañera” del hombre revolucionario (tal vez él necesita a la madre también en “su compañera”). Las mujeres jóvenes feministas que militan en partidos de izquierda tienen un tremendo desafío para incidir en estas transformaciones necesarias. Tal vez desconfío de los hombres de izquierda; tal vez me ronda un tremendo escepticismo (recién separada luego de 40 años en pareja) de que los hombres “revolucionarios” puedan dejar sus privilegios y exponerse a quedar en abismos para deconstruirse; tal vez mi anhelo anarquista se ha acentuado con los años y me impide imaginar un cambio en los hombres y una radicalidad en las mujeres respecto de la experiencia materna en Chile. No podría volver a militar en la izquierda en este país como feminista vieja y radical, me resultaría imposible coexistir con esos sujetos que se dicen revolucionarios pero que no quieren ni por nada pensar en la desestabilización de sus privilegios, no se atreven a desajustarse social, emocional, cultural o políticamente. Habría que pensar en la reacción que tuvo la mayoría de los hombres a raíz del movimiento feminista mayo-junio cuando se les pedía dejar de ser protagonistas y ponerse a disposición de las mujeres feministas jóvenes en movimiento. La actitud de los partidos políticos de izquierda fue subirse rápidamente al carro en revuelta y decirse feministas, pero sin arriesgar en reflexiones profundas al respecto. Habrá que ver qué ocurre en adelante. [...]

Ana Soledad Gil: ¿Cómo se articulan en tu experiencia las dimensiones individual y colectiva de la maternidad? (Vinculaciones, tensiones, sueños, proyectos, horizontes.)

Gilda Luongo: En realidad mi experiencia de lo maternal fue en un comienzo muy individual, como le ocurre a la gran mayoría de las mujeres. Era una experiencia que no admitía ser compartida. Sin embargo, cuando necesité volver a retomar mi desarrollo profesional llegó Nilda Otazo Gómez quien se convirtió en una mujer cómplice de esta construcción. Una mujer proletaria, solo con la enseñanza básica completa, pero de una sabiduría vital maravillosa, la escuela de la vida le había abierto un horizonte basto. Una mujer trece años mayor que yo y generosamente dispuesta a compartir sus saberes

maternales conmigo llenó mi vida y la de mis hijxs de aire limpio y vital. Ambas hicimos una dupla perfecta para enfrentar la experiencia maternal con Valentina y Nicolás. Ambas fuimos amigas y cómplices, dos mujeres muy diferentes sostenidas mutua y amorosamente. Ella se hizo feminista a mi alero y yo me hice mejor persona con ella. La Yeyu fue tan madre de mis hijxs como yo misma. Nunca podré terminar de agradecer a esta mujer su presencia y su compañía en el grupo que armamos. Ella llenó lo que otras mujeres experimentan con sus madres. En general, las abuelas tienen un rol importante en la crianza en Chile, llevan el peso para aliviar la carga de sus hijas. En mi caso yo decidí que no fuera así. Mi madre había cargado con otras experiencias de mis hermanas (cinco) y yo no quería pesar de más en sus hombros. También quería evitar confrontaciones innecesarias con ella. Con estilos de crianza muy disímiles, no habría resultado una experiencia positiva. Con la Yeyu fue todo muy fluido siempre. Una mujer generosa, sabia, abierta, ingeniosa, lúdica, inteligente. Nunca tuve reparos ante sus determinaciones y éramos muy respetuosas ambas de cada una. Solíamos compartir las decisiones y estar muy de acuerdo. Esto que relato es una experiencia que no se repite habitualmente. Las mujeres privilegiadas suelen no dar paso a un vínculo cómplice con las cuidadoras de lxs hijxs. Sienten en su mayoría celos de que las “nanas” ocupen un lugar preponderante en los vínculos con lxs hijxs. Que mi experiencia haya sido posible, sin embargo habla del potencial de revertir estas complicidades y compartires de lo maternal. Pienso que la idea de experimentar la maternidad de modo colectivo es una muy buena utopía. Sin embargo, creo que en Chile la maternidad se vive de modo aislado, se abre solo a la intimidad de la familia. Las feministas jóvenes que conozco y que son madres, tienden a intentar el cambio de paradigma, sin embargo es dificultoso porque no todas las mujeres están disponibles para desajustar los calces normativos que regulan las prácticas maternales. El modelo neoliberal chileno ha instalado un tono muy competitivo, desconfiado, mercantil e individualista de la vida y eso ha permeado todas las experiencias del compartir humano.

Por otra parte, pienso en la dimensión colectiva desde

lo social y la maternidad, como trabajo doméstico que reproduce la fuerza de trabajo, aparece como un lugar de lucha permanente. Habría que retomar esta dimensión política radical y levantarla como lugar de visibilización de una economía que explota, domina y cercena la vida de muchas mujeres. Pienso, sin embargo que si la maternidad no se expone como experiencia singular de las mujeres, con toda la carga de subjetividad y lo simbólico que ella implica, será mucho más difícil entrar en esta última postura que es la que ha abierto Silvia Federici, con fuerza feminista desde los setenta en adelante. Ella abre también la idea de lo común y este es un cultivo para pensar la experiencia de la maternidad desde lo colectivo. ¿Qué sería de la experiencia de lo maternal si es que estuviéramos abiertas a la experiencia de las políticas de lo común? Queda imaginar en tiempos de capitalismo patriarcal globalizado cómo podríamos resistir para devenir en maternidades otras y en prácticas del cuidado otras, cuando al fin la revolución feminista en su tránsito posibilitara otros modos de constituirnos en seres que comparten, colaboran de modo recíproco y crean devenires de lo humano comunitariamente.